



Per Olov Enquist

Otra vida

DESTINO

Índice

Portada

Puntos de partida

Primera parte: Inocencia

1. El intérprete de señales
2. El viaje del zorro cruzado
3. El Compañero de Viaje
4. La vaca que pare

Segunda parte: Un lugar intensamente iluminado

5. En la antesala
6. Exit homo ludens
7. Una expedición
8. Berlín después de la lluvia
9. Un escenario en Múnich
10. El otoño en Broadway
11. Un cuenco de frutas

Tercera parte: Entrando en la oscuridad

12. Serpiente de lluvia
13. Sjön 3, París
14. Agachadiza en huida
15. Las estrellas sobre Islandia
16. El regreso del zorro cruzado

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Puntos de partida

Esta noche islandesa en diciembre de 1989. Cielo despejado. Se ven las estrellas, pero no la aurora boreal.

¿Adónde se ha ido?

El 14 de abril de 1998 hacia las cuatro de la tarde pasa por delante de la abandonada estación de tren de Skellefteå, caminando despacio para no llamar la atención, y ve a tres hombres sentados en la escalera.

Lo reconoce enseguida. Es Jurma. Cae una ligera lluvia.

Le duele. Tarda unos segundos en darse cuenta de por qué. Entonces, como siempre, empieza a pensar en otra cosa, así es como se sobrevive: le viene a la memoria una imagen parecida, de la película *Filadelfia*, o quizá del videoclip que Bruce Springsteen grabó para el largometraje. Springsteen camina por una calle que pasa por delante de una fábrica, despacio y sin volver la vista atrás, atravesando un paisaje desolado, quizá se trate de una fábrica abandonada. Da la impresión de que aquellos tres individuos que observan al viandante han sido amigos suyos de juventud, amigos que se quedaron, mientras que él se marchó y siguió con su vida.

No lo llamaron para que se parara.

Los que se quedan no suelen tener muchas ganas de llamar a los que se marcharon. Y quedarse ¿qué supuso?

Los tres hombres que estaban sentados delante de la abandonada estación de tren de Skellefteå compartían una botella de vino, seguramente no la primera. Jurma alzó la mirada al verlo pasar, como si lo reconociera, pero enseguida volvió a bajarla, como si sintiera vergüenza o una inmensa rabia.

Le dolió. Le resultaba incomprendible no ser uno de ellos. Difícil entenderlo. ¿Una casualidad, quizá, o un milagro?

¿Tiene miedo? Tiene miedo.

De la primavera de 1989 en Brighton, apenas el título de aquello que en este momento, sin duda, sería una novela imposible, así como una breve anotación.

Ahora, dentro de poco, mi Benefactor, el Capitán Nemo, me va a ordenar abrir los depósitos de agua para que la embarcación, con la biblioteca dentro, se hunda en el mar.

He repasado la biblioteca, pero no todo. Antes albergaba sueños secretos de que iba a ser posible sumarlo todo, atar todos los cabos, de forma que todo pudiera explicarse, que todo quedara cerrado. Para poder decir al final: «así fue, eso fue lo que pasó, ésta es toda la historia».

Pero no debería pensar así, pues eso iría en contra de todo lo que sé. Sin embargo, ir en contra es una buena manera de no rendirse. Si siempre hiciéramos lo que debemos, nos rendiríamos.

Al día siguiente, cogió el coche y durante unas horas recorrió las carreteras entre los pueblos de Skrämträsk, Långviken, Yttervik y Ragvaldsträsk, para sobreponerse.

Había alquilado un Audi en el aeropuerto de Skellefteå, ese que se había construido cerca de Gammelstället, junto al lago Bjursjön, en tierras forestales que, si mal no recordaba, habían pertenecido a su tío John. El avión descendía para iniciar el aterrizaje, y apareció la granja, a unos ciento veinte metros hacia abajo; fue allí donde le había leído la Biblia a la abuela mientras ella subía al cielo.

Como siempre, cuando el avión empezó a bajar, había mirado por la ventanilla y así pudo identificar ese punto geográfico desde donde su vida se dejaba contemplar mientras el joven en el asiento de al lado, que rondaba la treintena y llevaba un traje de cheviot, o sea, el Compañero de Viaje, acercaba la cabeza, como de costumbre, para echar un vistazo, y dijo: «Anda, así que ése es el aspecto que tiene ahora», a lo que él contestó: «Sí, es que han hecho reformas», como si se tratara de algo completamente natural. «Como el tío John ya no está...», añadió a modo de explicación. «Vaya, así que él tampoco», contestó el hombre, para quien quizá fuera la primera vez que subía a un avión y que, por tanto, quizá nunca hubiera visto Gammelstället desde arriba, «supongo que ya no quedan muchos», tras lo cual no hubo mucho más que añadir.

El hombre sentado en el banco delante de la Estación Central, cuyo nombre era Jurma, debía de rondar los setenta años. Resultaba obvio que hacía mucho que se había dado a la bebida.

Era raro que siguiera con vida. Pero dejemos eso.

Le prestan una barca y se dirige remando a Granholmen.

El islote, sin embargo, ya tiene otro nombre, inspirado en el de su madre: ahora se llama Mayaholmen. En reali-

dad, es un poco extraño teniendo en cuenta que fue su padre quien construyó la casa. Allí pasaba ella los veranos con la mirada perdida en el lago.

No se le debería dar más vueltas. No conduce más que a la locura.

De entre todos los pájaros, prefería las libélulas.

No hubo rastro de ellas durante muchos años. En el otoño de 1989 volvió a verlas. En la primavera de 1990 volaban que daba gusto verlas y apenas pudo controlarse. Se trataba de la resurrección de las libélulas, ¿cómo había ocurrido?

Las cartas.

Se disponía a vaciar el desván cuando halló las carpetas —siete— con las cartas y todos los manuscritos. Estaba seguro de haberlo quemado todo.

¿Era así? ¿Todo esto? Apenas podía respirar.

¿Era realmente así?

Ella había dejado el Toshiba sobre las rodillas de él, como si se tratara de un cachorro, y la otra mujer, Sanne, se sentó en el suelo y lo calzó.

Claro, uno espera siempre un milagro. Se supone que el que no lo hace es que no es un ser humano. Pese a todo, uno sigue siendo una especie de ser humano, ¿no?

¿Ya? No, aún no.

Primera parte

Inocencia

1

El intérprete de señales

Señales muy poco claras.

Alguien del pueblo, casi en susurros, le cuenta al niño el sueño que tuvo Hugo Hedman el invierno de 1935. Soñó que se cayeron tres árboles grandes. Eran pinos, pero no sucedió durante la tala. Se trataba de un presagio. Durante ese invierno tres hombres del pueblo fallecieron. El sueño era una señal. Uno de los que murieron, cuya muerte había sido vaticinada por la caída de los pinos, era el Elof. Más tarde, el niño entiende que el Elof no es «un pino», sino «el padre», pero todo resulta muy poco claro.

Otras señales: su madre está embarazada, espera al hijo unigénito. Al mismo tiempo, a uno de sus tíos, que es muy joven, le declaran «enfermo mental», por lo que pasa un tiempo en aislamiento, encerrado, según la costumbre, en el cuarto pequeño. No debe recibir visitas de la madre, ya que está encinta, por cierto, del niño protagonista de la historia, y la misteriosa radiación que emana del enfermo («*el pobre hombre está orate*») puede dañar al feto en el útero. Algunos años después (posiblemente en septiembre de 1939), el niño pregunta si no fue eso lo que en realidad sucedió, a pesar de todo; le dicen que no, que la radiación del demente no lo ha afectado. De todos modos, si ése fuera el caso, se manifestaría más adelante, «pero no es

probable». Luego le comentan que la «enajenación mental» es una especie de desasosiego.

Y pasan los años.

De repente se da cuenta de que su madre ya no solloza nunca.

No sabe lo que ha ocurrido, pero los sollozos han cesado.

Al principio llega a la conclusión de que su madre está contenta, que su solitaria existencia de viuda ya no la entristece. Luego empieza a sospechar que simplemente se ha secado. Parece evidente que se ha dado cuenta de algo, y entonces se le han secado las lágrimas. El trabajo la absorbe. Tiene la escuela y el voluntariado al servicio de Jesucristo. El primero es agotador. En cambio, lo que hace por Jesucristo en su tiempo libre, dice, la llena de luz.

Ay, Tú, luz mía.

Ésa es la actitud que adopta. El niño se colma de admiración.

La distancia entre la casa verde en la que viven y el edificio de la escuela es de cinco kilómetros. Ni una lágrima más. Es como si se hubiese rendido, como si se hubiera resignado.

En invierno, cuando el camino del bosque no se puede mantener despejado, van esquiendo. La madre delante, abriendo paso, y él detrás. Resulta lo natural, pues es maestra. La escuela es una B2. Primero bajan por una ligera cuesta desde la casa verde, luego cruzan el arroyo; después recorren un largo trayecto, donde el viento arrecia, que atraviesa los prados cerca de la casa de Hugo Renström, para a continuación adentrarse en el bosque. La escuela ha

de prestar servicio a dos pueblos, por lo que se encuentra a mitad de camino de los dos, o sea, en pleno bosque; así todos están a la misma distancia, quizá excesiva, pero, por otra parte, no hay que perjudicar a nadie. Es justo, pero en invierno lo peor es el campo abierto antes del bosque, con el viento en contra.

En realidad, su madre no tiene de qué quejarse.

Ella ya no escribe un diario.

En otoño de 1992, cuando recoge la casa después de la muerte de su madre, encuentra algo que se asemeja a unos diarios, que datan de los primeros años tras la escuela de magisterio. Unas peculiares anotaciones en el almanaque dan a entender que, antes de casarse, llevaba una vida que, aunque ciertamente parecía muy devota, a decir verdad, era bastante divertida: «*Fiesta en Gamla Fahlmark*» o «*Fiesta en Långviken*». Las confesiones sobre las fiestas cesan al iniciarse el noviazgo, la fecha no queda clara.

No para de repetirle a su hijo lo contenta que está con su vida, y de decirle que «ser funcionario no te enriquece, pero te abastece». Sin embargo, arremete contra el sueldo de la mujer, que es más bajo que el del hombre (la igualdad salarial se aprueba en 1937, pero es rencorosa), e insiste en la importancia de que todas las mujeres cuenten con una profesión, ya que siempre existe el riesgo de quedarse viuda un día.

La existencia del divorcio ni se le pasa por la cabeza.

No cabe duda de que políticamente es afín al Folkpartiet.

Profesa una enorme admiración por Bertil Ohlin, el líder de este partido liberal, que es catedrático de universidad. Hace notar con un tono extraordinariamente crítico que Er-

lander,[1] «que no es más que licenciado», tiene la osadía de ponerse gallito con Ohlin. Jamás da a entender que éste le parezca atractivo (en una ocasión se le escapa la palabra «apuesto»), pero el niño no tarda en comprender que tras ese culto casi religioso al político se esconden otros matices. Muchos años más tarde admite, presionada al respecto, que el difunto padre había sido socialdemócrata. Luego da a entender que aquello tampoco es algo a lo que convenga darle demasiadas vueltas, pues al fin y al cabo antes de morir «se redimió». No entra en más detalles. Como el padre trabajaba de estibador en verano y de leñador en invierno, le parece normal que cediera a «las presiones de los compañeros de la cuadrilla de estibadores». Insinúa que ella nunca le reprochó sus preferencias políticas. Cuando el hijo se va haciendo mayor y le cuenta a su madre que también se considera socialdemócrata, ella lanza un pesado suspiro, pero dice —¿con sarcasmo o con sentido del humor?, no sabe muy bien cómo interpretar sus palabras— «Vaya, tu padre estaría contento».

En todos sus cursos organiza un coro. Siempre a tres voces. Ahí es donde ella halla su morada, o sea, en el canto. Su devoción por el Folkpartiet es más bien una cuestión de principios, no de emociones.

A los ochenta y siete años, y después de haber sufrido tres pequeños derrames cerebrales, un día la descubren en la oscuridad y en medio de una fuerte nevada andando por la carretera de la costa en dirección sur. Camina con su característico balanceo, y sólo lleva una manopla. Avanza con determinación, como si se dirigiera a Umeå o Sundsvall.

Son las siete de la mañana del día de Navidad. La paran. Molesta, explica que va de camino a Bureå, a la asamblea anual de la sección local del Folkpartiet, y que no tiene intención alguna de faltar. La llevan a su casa, aunque no le reprochan nada puesto que su hosquedad es bien cono-

cida y nadie, ni siquiera en un momento así, se atreve a contradecirla.

Es su última, aunque interrumpida, aportación a la vida política. Está suscrita al *Norran*, el periódico regional «tolerante». Eso significa socioliberal.

Entonces ¿a qué clase social pertenecen ella, el padre y él mismo?

En el año 1944 se introduce el servicio de comedor en las escuelas del municipio de Bureå, lo que implica que a los niños se les sirve un almuerzo gratuito. Sin embargo, durante el primer año este privilegio está sujeto a una evaluación de las necesidades de cada familia: tras un análisis económico, se determina que el derecho a dicha comida les corresponde a todos los niños del pueblo de Hjoggböle a excepción de dos que pertenecen a una privilegiada clase alta. Son las dos maestras del colegio las afectadas («*Ser funcionario no te enriquece, pero te abastece*» y demás), así que él y Thorvald, el hijo de la maestra Ebba Hedman, se quedan sin almuerzo. Todos los días a la hora de comer los alumnos suben en fila india hasta el comedor, que se ha instalado provisionalmente en la planta superior, donde su tía Vilma —la que años más tarde se vería involucrada en el conflicto de los niños intercambiados, «la famosa historia Enquistiana del intercambio»— sirve un caldo de carne, rico y nutritivo.

Los dos niños de clase alta, Thorvald y él, quedan relegados al pasillo de la planta baja, donde se sientan en el suelo y toman unas rebanadas de pan untadas con margarina, que él odia, y beben leche desnatada.

Se siente marcado, se avergüenza y hierve de indignación. Es una suerte que se le considere un buen chico. Después de la comida, los satisfechos niños de la planta de

arriba desfilan delante de los dos hijos de las maestras con grandes sonrisas en los labios. Su concepto de las diferencias sociales y el conflicto de clases queda así establecido. Sin embargo, no entiende que ese sentimiento de pertenencia a una clase social baja que se va asentando en él se basa en un malentendido: en realidad, se encuentra entre los privilegiados de la clase alta.

No era el único que buscaba una respuesta a por qué las cosas salieron como salieron. El pueblo también se investigaba a sí mismo. Y es que tiene que haber una explicación global y coherente. Si no, sería para volverse loco.

En esta primera mitad del siglo XX, Suecia es un archipiélago de miles de pequeños pueblos ocultos en el mar forestal. Hjöggböle no representa ninguna excepción. Sin embargo, el pueblo cuida su historia, que es larga; interminables informes sobre miserias superadas. «En la asamblea municipal del primero de mayo de 1885, decidiose que la viuda Lovisa Andersson, a fin de que evitare el gasto de alojamiento, fuese por el pueblo de hogar en hogar con su progenie. Un día a cargo de cada contribuyente.» Son años de penuria. Las últimas pertenencias se truecan por harina. «Un cubo, unos arneses, una lechera, una piel y cuatro mangos de guadaña a cambio de 12 libras de harina.» Hay pequeñas y curiosas anécdotas de las que puede hacer caso omiso: las actas de la asamblea del pueblo en mayo de 1868 informan de que el campesino Erik Andersson de Hjöggböle mandó a dos chavales al bosque con la misión de buscar corteza para hacer pan. A la vuelta los chicos debían pasar por un prado donde pastaban vacas hambrientas, que, tras descubrir a los jóvenes y la corteza que llevaban, se abalanzaron sobre ellos y se la comieron. Los muchachos, aquejados por el hambre, no tuvieron fuerzas para